

ÁNGEL EN LA FRONTERA

En Matamoros, el policía de Houston Bob Decker lleva comida, medicinas y todo tipo de ayuda a familias sin un verdadero techo sobre sus cabezas >> por Thomas Fields-Meyer

AHORA "Él lo ha cambiado todo", dice Oscar Vargas, padre (con bigote), sobre Bob Decker (der., con su uniforme de policía para alegrar a Oscar, hijo, centro, con franela azul).



ANTES Oscar Vargas, hijo (atrás, centro, con franela azul), con su familia en su choza de cartón en mayo.





Bob Decker tiene una gran facilidad para perderse, pero nunca se imaginó que tomar la calle equivocada le iba a dar un nuevo rumbo a su vida. Una noche de verano del 2001, se desvió de la ruta que lo hubiera llevado a una playa del sur de Texas y se encontró en el poblado de Matamoros, en la frontera de Estados Unidos con México. Con 25 años de experiencia como policía en Houston, Decker pensaba que lo había visto todo —hasta ahora. A la orilla de una carretera de tierra, una mujer cocinaba en una hoguera frente a la que era su *casa*, una choza hecha con cajas de cartón corrugado. Al otro lado de una colina cercana, Decker vio cientos de viviendas similares, con bolsas plásticas como techo y cobijas raídas en lugar de puertas. Niños correteaban entre las casuchas; Decker llegó a contar 100 antes de parar de contar por lo perturbado que se sentía. “Era alarmante. Este lugar estaba a menos de 2 millas de la frontera”, recuerda Decker. “Tanta pobreza en un mismo lugar me enfureció”.

Y también lo instó a actuar. “Mi vida cambió totalmente”, dice Decker. “Esta gente trabaja más duro y por muchas más horas de lo que jamás lo he hecho yo y, sin embargo, ellos viven en casas de cartón y duermen en el suelo. Yo me gané la lotería al nacer. Eso nunca me ha pasado a mí”. Desde esa visita, Decker ha donado miles de dólares de su propio dinero y prácticamente cada minuto de su tiempo libre para ayudar a las familias que viven en estas colonias o asentamientos que se han diseminado a lo largo de la frontera durante los últimos cuarenta años. Y eso está marcando una gran diferencia para gente como Robert Vásquez, de 35 años, quien con los \$45 que gana a la semana en una planta automotriz mantiene a su esposa, Ana, de 29 años, y siete hijos. Decker —quien, según dice un amigo, “no domina el español”— escucha a través de un intérprete mientras Vásquez le explica el daño que causó el viento a la lámina de plástico que sirve de techo a la familia. “Tenía miedo de que derribara la casa”, explica Vásquez al señalar los bloques de concreto que ha estado reuniendo lentamente para construir una



UNA MANO AMIGA

"Todo se va a arreglar", le dice Decker a la pequeña Dulce Pérez Costa (arriba). La erupción que cubre la cara y el cuerpo de Josefina Rico (der.), de 8 años, la hace sentir como un paria. Con la ayuda de Decker la familia ha podido comprar medicinas y visitar al médico en Piedras Negras.



vivienda permanente. "Nosotros no somos una organización grande", responde Decker, "pero podemos suministrar materiales de construcción". Tras dejarle a la familia una bolsa con víveres que compró esa mañana en un mercado local (harina, arroz, frijoles, aceite, pasta y naranjas) Decker dice: "Voy a hacer todo lo posible por ayudarlos".

Decker repite esas palabras como una mantra en las colonias de Ciudad Acuña, las cuales él visita por lo menos cada tres semanas, generalmente con una docena o más de voluntarios. Motivados por la posibilidad de trabajar en fábricas que producen desde artefactos eléctricos hasta ropa, hombres de todo México mudan a sus familias a estos lugares con la esperanza de algún día poder comprar una parcela de terreno y construir una casa de verdad. Desde el

2001, su organización, Paper Houses, ha recaudado unos \$200,000, cada céntimo de los cuales ha ido a ayudar a las familias de Ciudad Acuña con comida, medicinas, materiales de construcción o efectivo, así como cheques mensuales que envía a tres orfanatos, una escuela y un refugio para desamparados. Decker también espera que los voluntarios cubran sus propios gastos: "Nadie va a recibir de mí ni una cena como agradecimiento por su trabajo". Todo su efectivo va a las colonias.

En un viaje el 28 de mayo, en compañía de su intérprete, Juan Pablo Diego, de 18 años, y de la trabajadora social Christine Wiegman, de 44, Decker visita a una de las familias a las que presta ayuda. Adela López, de 71 años y quien comparte tres chozas de cartón con 12 familiares, un puñado de gallinas y 2 perros, tiene malas noticias: su esposo, José Guadalupe, de 70 años y enfermo del corazón, ha muerto. A petición de Decker ella ha calculado el costo de techos plásticos nuevos en \$81. Ella, desalentada, le dice: "Es demasiado costoso". A lo que Decker le contesta: "Esto es factible. Lo vamos a hacer".

La resolución y empatía de Decker por aquellos que luchan por una vida mejor se remonta a sus años de policía novato en Baltimore. Al recorrer las calles de una de las áreas más pobres de la ciudad, recuerda, "conocí a la gente buena y trabajadora del vecindario y supe comprender qué los preocupaba y qué querían lograr". A comienzos de los años ochenta Decker fue reclutado por el departamento de policía de Houston, donde se mudó con su segunda esposa y sus dos hijas (también tiene otra hija de su primer matrimonio) para eventualmente llegar a trabajar con víctimas y delincuentes menores de edad. El trabajo era emocionalmente abrumador y afectó a Decker y su esposa, quienes se divorciaron en 1987; un tercer y breve matrimonio terminó en 1996. Hoy, el autodenominado trabajador empedernido vive en un pequeño apartamento de un dormitorio que sirve también de sede principal a su grupo de ayuda. Con 22 meses de vacaciones acumuladas, Decker dejó el servicio activo el 17 de junio para dedicarse a tiempo completo a Paper Houses. "Él no sabe cómo relajarse", dice su hija Marybeth Decker, de 24 años, quien vive en Austin, TX. Por otra parte, agrega, "parece estar más feliz

de lo que ha estado en mucho tiempo. Este trabajo lo llena mucho”.

Igual efecto le produce un abrazo de Josefina Rico, de 8 años. La hermosa niña con la brillante cabellera negra, sufre de unos misteriosos brotes de ampollas supurantes en la cara, el cuello, los brazos y las piernas. “Ella se pone a llorar porque nadie quiere jugar con ella”, dice su mamá, Francisca. El papá de Josefina, Joseph, de 30 años, gana \$30 a la semana trabajando en construcción; aunque tiene seguro médico, éste no cubre el costo de las medicinas de Josefina (\$9

cada dos semanas) o del taxi para ir al doctor. Ahí es donde entra Decker, quien ayudó a pagar \$700 para medicinas, comida y los viajes en taxi al consultorio del médico durante más de dos años. “Ella es un niña maravillosa”, dice.

La última parada de Decker es en el hogar de Oscar Vargas, un niño de 6 años que tiene cáncer del cerebro y ha sido sometido a siete operaciones, radiación y quimioterapia. Su papá, quien también se llama Oscar, tiene 30 años y es padre de otros cuatro hijos con su esposa, Araseli, de 35, perdió su trabajo al tener que faltar para poder llevar al pequeño Oscar a su tratamiento; hoy en día gana \$45 por semana en una cocina cercana. Los doctores recomiendan que Oscar tenga su propia habitación debido a que su sistema

inmunológico se ha debilitado. “El doctor no tiene idea”, dice Decker, “de que la familia vive en una choza de cartón. Tras recolectar \$30,000 en donaciones, Decker compró los materiales con los que Vargas está construyendo una

casa de cuatro dormitorios. Pero ahora, después de recibir malas noticias del doctor, es posible que el pequeño Oscar no llegue a vivir en ella. “La situación es muy grave”, le dice Vargas a Decker, quien al principio se niega a aceptar las nuevas. “Vamos a hacer que el niño mejore”, insiste Decker mientras lucha por no llorar. El ambiente es un poco más alegre cuando Decker sale y regresa con su uniforme de policía. Oscar sonríe. Cuando Decker se prepara para irse, se acerca a Vargas y le dice: “Pase lo que pase, estaremos contigo. Tú y tu familia me han dado mucho. Nuestros idiomas podrán ser diferentes, pero nuestros corazones son los mismos”.

● Alicia Dennis en Ciudad Acuña



ALGUIEN QUE TE APOYE “Ellos tienen mucho que ofrecernos y enseñarnos”, dice Decker (con Josefina Rico) de las familias a las que ha ayudado.